



Universidad de Navarra

OTROS AUTORES ANARQUISTAS

José Ocáriz*

DOCUMENTO DE INVESTIGACION Nº 41
Junio, 1980

* Profesor de Análisis Social y Económico para la Dirección, IESE

División de Investigación
IESE
Universidad de Navarra
Av. Pearson, 21
08034 Barcelona

Copyright © 1996, IESE
Prohibida la reproducción sin permiso

OTROS AUTORES ANARQUISTAS

Resumen

Aun cuando no sería exagerado afirmar que la ideología anarquista puede ser considerada como el conjunto de ideas, común denominador de las correspondientes a Proudhon, Bakunin y Stirner, no está de más prestar una cierta atención a la personalidad y pensamiento de otros autores que suelen ser considerados también como clásicos del anarquismo: Tolstoi, Kropotkin, Malatesta e incluso G. Sorel, aun cuando la clasificación de este último dentro de una corriente de pensamiento es mucho más discutible.

Las páginas que siguen tratan de estos cuatro últimos autores mencionados y son una continuación del Documento de Investigación del IESE, nº 37, «La ideología anarquista».

OTROS AUTORES ANARQUISTAS

León Tolstoi

No es el León Tolstoi anterior a 1880 el que interesa aquí; es el posterior a esa época, por él mismo considerada como la de su «conversión», del que procede destacar unos cuantos rasgos fundamentales.

Nació en 1828 en Iasnaya Polyana, cerca de Moscú, de padres aristócratas que murieron dejándole huérfano a la edad de 10 años. Educado como correspondía a su categoría aristocrática, estudió en la Universidad de Kazán, posteriormente entró en el ejército, como oficial, donde inició su carrera literaria, y luego estuvo durante cierto tiempo en la corte de San Petersburgo.

En 1861 contrajo matrimonio y se instaló en Iasnaya Polyana, iniciando una prolífica época de su vida: tuvo trece hijos y escribió sus más famosas novelas.

Hacia 1874 sufrió una fuerte crisis de identidad y creyó descubrir el verdadero cristianismo; con ello comenzó el llamado por él mismo tercer período de su vida. Rechazó su anterior modo de vivir y adoptó el de un campesino, trabajando con sus manos, al mismo tiempo que escribía una serie de obras de carácter más o menos ideológico. Entre éstas, «Resurrección» le valió en 1901 la excomunió de la Iglesia ortodoxa rusa. Otras obras de este período que pueden ser destacadas, son: «Mi confesión», «Los Evangelios», «Lo que creo», «¿Qué haremos?», etc. Murió en 1910, a la edad de 82 años.

El fundamento ideológico de la «tercera época» de Tolstoi podría designarse como «anarquismo religioso». Se declaraba profundamente cristiano y enemigo de todas las iglesias llamadas cristianas, por considerar que habían falsificado el mensaje de Cristo.

Tolstoi afirmaba como suprema ley religiosa y humana la ley del Amor, que proscibía toda violencia, incluso para defenderse de ella. Era la «no resistencia al mal por la violencia» que tanto éxito tuvo en la India de Gandhi.

Consecuencia lógica de este pacifismo a ultranza tenía que ser el rechazo del Estado en cualquiera de sus formas. El Estado, por los actos de violencia que inevitablemente tendría que realizar, le aparecía como incompatible con el amor cristiano. Afirmaba, asimismo, con fuerza inusitada, el efecto corruptor del poder.

De la ley del amor deducía también el rechazo de la propiedad, pues afirmaba que del dominio sobre las cosas se seguía el dominio sobre las personas, y que éste siempre

estaba basado en la fuerza. Para sustituir a la propiedad había que instaurar un sistema acorde con el Evangelio y que estuviera, por tanto, basado en el amor: en él, todo hombre produciría lo que pudiese y recibiría lo que necesitase.

En cuanto a la forma en que debería realizarse el cambio de la sociedad actual a la basada en el amor, no podría ser otra que la también basada en el amor y no en la violencia: la de persuadir pacíficamente a todos los hombres para que persiguiesen la ley del Amor y practicasen la resistencia pasiva ante las órdenes del Estado.

Posiblemente no merece la pena hacer una crítica detallada de los planteamientos de Tolstoi, ya que sería repetir mucho de lo dicho anteriormente al tratar de otros autores; si, en cambio, hacer unas breves reflexiones sobre su fundamento pretendidamente cristiano.

Tolstoi cayó en la misma trampa en que también han caído otros muchos: la de interpretar una parte aislada del Evangelio sin tener en cuenta el resto. Con esta forma tan poco rigurosa de proceder, no son de extrañar las innumerables y contradictorias interpretaciones que se han dado a las palabras de Cristo. Posiblemente bastaría hacer a Tolstoi la objeción que frecuentemente hacen los católicos a los partidarios del «libre examen»: Si la Biblia es palabra de Dios y Este no hubiera establecido un procedimiento objetivo para interpretarla (Magisterio Católico) (1), se podía haber ahorrado el dárnosla, ya que, como demuestra la experiencia, las interpretaciones personales conducen a las más contradictorias conclusiones en puntos de importancia capital.

Pedro Kropotkin

El príncipe Pedro Kropotkin nació en Moscú en 1842, en el seno de la alta nobleza. A los quince años ingresó en el Cuerpo de Pajes y recibió la educación que correspondía a su alta alcurnia.

Sirviendo como oficial en un regimiento de cosacos de Siberia se le despertó una gran afición por la geografía, y en 1867 abandonó el ejército para ingresar en la Universidad de San Petersburgo. Realizó diversas expediciones e informes geográficos por cuenta de la Sociedad Geográfica Rusa, de la que fue nombrado secretario en 1873.

En 1872 viajó a Suiza, donde se puso en contacto con las ideas anarquistas, a través de las publicaciones de la Federación Jurásica, e ingresó en la Asociación Internacional de Trabajadores. Regresó a Rusia para dedicarse a la propaganda anarquista. Encarcelado, consiguió escapar en 1876, y desde entonces vivió en el exilio en Francia, Suiza e Inglaterra. En Suiza lanzó una conocida publicación anarquista, *Le Revolté* y, posteriormente, en Inglaterra, el también famoso periódico anarquista *Freedom*.

En 1917, al estallar la Revolución Rusa, regresó a Moscú, pero no intervino en los acontecimientos políticos de esa época, muriendo en 1921.

Kropotkin fue uno de los máximos propagandistas de la ideología anarquista, si bien su aportación teórica a la misma no puede considerarse de gran importancia.

Aun cuando escribió varios libros, tales como «La conquista del pan», «Memorias de un revolucionario», «Campos, fábricas y talleres», sus ideas fundamentales las fue vertiendo a través de artículos en *Le Revolté*, que en 1885 se recogieron en un libro titulado «Paroles d'un Revolté».

Según Kropotkin, existe una ley de progreso social hacia cotas de mayor felicidad, y este progreso conoce fases evolutivas, o de cambio lento, y fases revolucionarias, o de cambio violento; estas últimas se producen para vencer la resistencia de aquellos que se oponen al cambio. Para que el progreso sea tal, ha de venir condicionado por dos normas éticas. La primera, «Haz a los otros lo que quisieras que te hicieran a ti en esas circunstancias», la identifica con el principio de igualdad, solidaridad y justicia, y la segunda es una exigencia de fortaleza: «Sé fuerte... de forma que tu entendimiento, tu amor, tu energía, se viertan en los demás».

Kropotkin rechaza toda ley positiva ya que, o bien será inútil si su contenido es beneficioso para la sociedad, y por ello espontáneamente respetado sin necesidad de promulgar ninguna ley, o bien será dañino, si está al servicio de unos pocos en detrimento de los demás.

En cuanto al Estado y cualquier clase de gobierno, Kropotkin los rechaza de plano. Si acaso alguna vez tuvieron por intención proteger al débil frente al fuerte, hoy son un instrumento de opresión al servicio de los ricos. El Estado está reñido con la solidaridad, pero sus días están contados y su lugar será ocupado por asociaciones libres: las comunas se crearán, no en base a zonas geográficas, sino en base a contratos libres entre hombres libres; análogamente, las comunas podrán unirse libremente entre sí mediante contratos. Desaparecerán las cárceles y todos los instrumentos de opresión, ya que el mejor remedio para los pocos actos antisociales que puedan producirse será un tratamiento basado en el amor, la influencia moral y la libertad.

La propiedad privada, en todas sus formas, deberá desaparecer por ser contraria a la justicia y haberse convertido en un obstáculo fundamental para el progreso de la humanidad: es la causante de las crisis, el paro y el parasitismo social.

La próxima etapa en la evolución social será, necesariamente, anarco-comunista, ya que sólo existirá propiedad social, al carecer de sentido la distinción que suele hacerse entre propiedad de los bienes de producción y propiedad de los bienes de uso y consumo.

Gracias al progreso industrial, todo hombre sólo tendrá que trabajar unas cinco horas para la colectividad, y podrá dedicar el resto de su tiempo a satisfacer sus inclinaciones artísticas o científicas. Además, no existirá separación entre trabajo industrial y agrícola—dedicándose todo trabajador a ambas clases de actividad—, ni entre trabajo intelectual y trabajo manual, siendo toda tarea una combinación de ambos.

La producción y distribución de bienes se regirán por la norma: «De cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad». Esto será posible gracias a que la solidaridad social hará que se produzca de una forma eficientísima, aportando a la comunidad una gran abundancia de bienes. Si, en algún caso, no existe suficiente cantidad de un determinado producto para permitir su libre disposición, se recurrirá a racionarlo mientras dure la escasez.

En cuanto al paso desde la situación actual al anarco-comunismo, tendrá que realizarse mediante una revolución violenta que, destrozando las actuales estructuras opresoras, deje desenvolverse plenamente las inclinaciones solidarias del pueblo.

El papel de las minorías conscientes, que prevén y desean esta revolución, es la de ir preparando las mentes para ella, mediante la propaganda.

Puede resultar sorprendente que una persona que en bastantes de sus escritos aparece como más equilibrada que otros teóricos anarquistas y, desde luego, con una formación

científica muchísimo mayor (matemática, física, geográfica, etc.), haya llevado sus ideas hasta los límites de la más extrema utopía.

Una consecuencia que puede deducirse de ello es que ni la formación científica ni el rigor lógico, son garantías de cordura. En efecto, como es de sobras conocido en psiquiatría clínica, es frecuente la persona que se aferra afectivamente, y con gran fuerza, a unos presupuestos de partida falsos; de ellos deduce, por un proceso estrictamente lógico, unas consecuencias muy separadas de la realidad y, negando la evidencia, admite esas consecuencias como la realidad misma. Este fenómeno es frecuente en personas inteligentes con elevada capacidad emocional y poco control sobre la misma. Sólo cuando el fenómeno alcanza niveles realmente anormales, es considerado por la medicina como patológico; sin embargo, desde el punto de vista del realismo, cabe hablar de «patología», no exenta de mayor o menor responsabilidad, mucho antes: Cuando la voluntad niega la realidad porque no es como ella quiere que sea. Este es, sin duda, el caso del príncipe Pedro Kropotkin.

Errico Malatesta

Errico Malatesta nació en Santa María Capua Vetere, provincia de Caserta, el 14 de diciembre de 1853, de padres de la clase media. Su temperamento fue apasionado, rebelde y romántico; ya a la edad de 14 años sus padres pudieron a duras penas evitarle el correccional, por una carta que escribió al rey Víctor Manuel II, escrita en términos insolentes y amenazantes, protestando por lo que consideró una injusticia en un hecho de carácter local.

En Nápoles, donde fueron a vivir sus padres, estudió en los Escolapios, y posteriormente, en la Universidad, cursó varios años de la carrera de Medicina, sin llegar a terminarla, por ser estos estudios incompatibles con su dedicación a las actividades revolucionarias.

En 1871 conoció a Fanelli (partidario de Bakunin), e ingresó en la Internacional, arrastrando consigo a bastantes amigos, estudiantes y obreros.

A pesar de su utopismo anarquista, Malatesta fue un hombre bastante realista para apreciar, a menudo con acierto, los pros y los contras de una determinada decisión o situación. Fue un activista experimentado, lo que junto a su innata gallardía le valieron el respeto de hasta sus oponentes y ser considerado un individuo muy peligroso por los gobiernos.

Coherente con su concepción no determinista de la Historia, y convencido de la posibilidad y necesidad de despertar y sacudir al pueblo de su letargo, ayudándole así a construir una historia más feliz, dedicó su vida a la propaganda y activismo revolucionarios.

La mitad de su vida la pasó en el exilio, alternando las etapas de actividad revolucionaria con otras de inactividad. Viajó por la mayoría de los países de Europa y por Latinoamérica, así como por el este de Estados Unidos, trabajando incansablemente por la causa anarquista. Murió en Roma en 1932, a la edad de 79 años, encontrándose a la sazón bajo arresto domiciliario que ya venía durando seis años.

Entre sus actividades propagandísticas hay que destacar el lanzamiento de varias publicaciones periódicas, si bien no solían durar más de uno o dos años, normalmente por intervención de las autoridades. Entre estas publicaciones, en las que él escribía bastante, caben

mencionar: «Questione Sociale», «L'Agitazione», «Umanita Nuova», «Pensiero e Volonta»; también se pueden mencionar sus folletos: *Anarchy*, *Fra Contadini*, *Al Caffé*, *In Tempo di Elezioni*, etc. Todas estas publicaciones son la fuente necesaria, y posiblemente única, para conocer el pensamiento de Errico Malatesta. Recientemente (1977), Vernon Richards ha realizado una recopilación de los escritos de Malatesta: «Errico Malatesta. His life and Ideas», publicada por Freedom Press.

El punto crucial en el pensamiento de Malatesta –como en el de tantos otros revolucionarios y proyectistas sociales– radica en postular que la mayoría de los males que afligen a la humanidad son consecuencia de una desastrosa organización social y que, destruyendo ésta, se podrá terminar con esos males. Según Malatesta, los puntos más graves de la actual organización social, y que habrá forzosamente que destruir, son los siguientes: propiedad privada de la tierra y de los bienes de producción; todas las estructuras de autoridad (Estado, gobierno, ejército, policía...), y cualquier tipo de religión.

Una vez destruidos estos elementos perniciosos, habrá que construir una sociedad basada en el libre asociacionismo de productores y consumidores, en la abolición de las fronteras y de todo prejuicio patriótico, en la instrucción científica para todos y en la reconstrucción de la familia, liberada de todo condicionamiento legal o religioso.

En cuanto al proceso de cambio, tendrá dos fases. La primera, propagandística y de instrucción del pueblo, en la que éste deberá convencerse de su miseria y de que puede, si quiere, liberarse a sí mismo. La segunda, revolucionaria en sentido estricto, en la que el pueblo destruirá por la fuerza al gobierno y expropiará a los poseedores de la riqueza. Dentro de la primera fase, como preparación y entrenamiento para la segunda, habrá que promover y potenciar cuantas luchas emprendan los obreros para conseguir mejoras concretas. El valor fundamental de estas luchas radica en la propia lucha y en la cohesión que produce entre la clase obrera, mucho más que en alcanzar o no la mejora concreta.

Poco se puede decir respecto al pensamiento de Malatesta que, de una forma u otra, no se haya tratado ya al estudiar a los otros autores anarquistas. Sin embargo, quizá merezca la pena resaltar un par de puntos.

En primer lugar, que atribuir los principales males de la humanidad a la estructura social, difícilmente resista a la crítica; no hace falta referirse a los terremotos, inundaciones, epidemias, etc., sino que basta con hacerlo a aquellas acciones que nacen de la ignorancia o de la mala voluntad del hombre. Decir que también ellas son función de la estructura social, es cerrar los ojos a la realidad, y ni siquiera hace falta aceptar la evidencia del libre albedrío para refutarlo, basta con la experiencia: ¿Acaso se comportan igual los hijos de la misma madre?

En segundo lugar, contrariamente a Bakunin, Kropotkin y Tolstoi, que suelen ser definidos como anarco-comunistas, Malatesta es simplemente un anarco-colectivista: en lo que a la propiedad privada se refiere, sólo niega la de los bienes de producción, lo cual, sin entrar en la crítica de esto último, ya realizada en otro lugar, es mucho más realista que negar de plano toda propiedad privada, como hacen los anarco-comunistas.

Georges Sorel

Georges Sorel nació en Cherburgo en 1847, en el seno de una familia de clase media. Cursó la carrera de ingeniero de caminos en la Escuela Politécnica de París, y ejerció

profesionalmente en distintas provincias francesas hasta 1892, año en que se retiró, después de habersele concedido la Legión de Honor. En 1875 se casó con una campesina y enviudó en 1898. En 1892 se afincó en las afueras de París, donde residió hasta su muerte, ocurrida en 1922, dedicándose a escribir algunos libros y bastantes artículos en distintas publicaciones de izquierdas.

Es difícil catalogar ideológicamente a Sorel, ya que su trayectoria no fue nada rectilínea; tuvo períodos en los que cabría situarlo en la derecha tradicionalista; otros, en el marxismo, en el revisionismo marxista, en el nacionalismo, etc. Cantó a Lenin y a Mussolini, y quizás el único hilo conductor que da una cierta coherencia a sus escritos nace en su concepción del hombre como un ser eminentemente creador, inscrito en un medio adverso que le empuja al adocenamiento, al cansancio, al desánimo, al confort, y frente al que debe rebelarse, en lucha permanente hacia la autorrealización.

Con esta visión del hombre, que ha de vivir en permanente tensión vital, so pena de degeneración, es lógico que valore mucho más que la ciencia, el esfuerzo, la lucha contra la opresión y valores tales como la lealtad, el sacrificio, etc., esenciales en la vida del guerrero.

Es de destacar, también, que para Sorel, lo que se cree o lo que se busca tiene menos importancia que la fuerza con la que se cree o con la que se busca. En esto sigue la senda, tan frecuente en su época, no sólo de los irracionistas o más o menos vitalistas (Nietzsche, Bergson...), sino incluso de un Eduardo Bernstein, fundador del revisionismo marxista. Dentro de esta corriente, no es extraño que Georges Sorel, minusvalorando el contenido objetivo de la finalidad, y buscando algo que justificase la lucha, la tensión, lo encontrase en el «mito» como tal, es decir, en algo que, sin necesitar un contenido externo a los que moviliza, es capaz de aunar sus energías creando en ellos un estado de ánimo épico.

Uniendo a estos elementos («lucha» y «mito») un tercero, también de uso común en su época: «el proletariado como redentor de los tiempos modernos», se tiene el fundamento de la visión soreliana e, incluso, de su mito más importante, el de la «huelga general», mito que comparte con el más genuino pensamiento anarquista y, si bien es cierto que la unión de esos tres elementos no exigía una gran originalidad, sí, en cambio, debe reconocerse a Sorel una gran fuerza en su expresión.

Para Sorel, el proletariado es la clase creadora, heroica, con un sentido innato y no pervertido de la justicia, portadora de valores morales auténticos: familia, sacrificio, amor, honradez... Su revolución se dirigirá contra la clase de parásitos y explotadores, y se realizará mediante la huelga general sindicalista, esencialmente distinta a la huelga industrial o política. La huelga general será la culminación de un proceso de violencia creciente, en la cual, los trabajadores, concertadamente, abandonarán sus fábricas y talleres asestando un golpe mortal al mundo abominable de los pactos, del consenso, de los Parlamentos y partidos políticos, de la compra y venta de seres humanos, y de la negación de todo heroísmo y dignidad.

Sólo con lo dicho hasta aquí es fácil comprender por qué Sorel ha sido un autor respetado y citado por grupos políticos radicales, tanto de la izquierda como de la derecha: violencia, negación del sistema capitalista, negación de la conciliación, de la democracia parlamentaria y de los partidos políticos, sentido épico de la vida...

Ante los escritos de Sorel caben muchas actitudes, que van desde el máximo entusiasmo hasta el más gélido desprecio, según se sintonice más o menos con su vitalismo romántico; lo que no parece quepa es una actitud de crítica racional: sería algo análogo a aplicar una balanza para medir una longitud.

La obra más importante, y conocida, de George Sorel es «Reflexiones sobre la violencia», debiéndose también citar: «Materiales de una teoría del proletariado», «De la utilidad al pragmatismo» y «La ruina del mundo antiguo». □

(1) «Quien a vosotros oye, a mí me oye»: Lc 10,16.